

DÉCIMO TERCER DOMINGO DEL TIEMPO ORDINARIO

La recuperación para familiares y amigos suele comenzar con una dolorosa revelación: nuestro amor, preocupación y esfuerzo no pueden lograr la recuperación de otra persona. Puede ser que hayamos orado, suplicado, protegido, explicado, escondido consecuencias o buscado las palabras adecuadas para que alguien cambiara de manera definitiva. Muchas de estas acciones surgieron de un amor sincero. Sin embargo, con el tiempo, descubrimos que nuestros intentos de manejar la adicción de otra persona nos han dejado exhaustos, resentidos, temerosos o espiritualmente agotados. Una nueva forma de vivir requiere más que buenas intenciones. Requiere entrega.

En la segunda lectura de este domingo, San Pablo presenta una imagen útil de esta transformación (Romanos 6:3-11):

Todos los que hemos sido incorporados a Cristo Jesús por medio del bautismo, hemos sido incorporados a su muerte. En efecto, por el bautismo fuimos sepultados con él en su muerte, para que, así como Cristo resucitó de entre los muertos por la gloria del Padre, así también nosotros llevemos una vida nueva.

Para familiares y amigos, esto parece describir la muerte de viejos patrones que antes parecían necesarios. Controlar, rescatar, negar, facilitar y funcionar en exceso pueden haber parecido formas de evitar que la vida se desmoronara. En la recuperación, empezamos a reconocer que esos patrones no pueden darnos paz.

Este cambio refleja el Paso Uno de una manera singular. Admitimos que éramos impotentes ante las decisiones de otra persona y que nuestras vidas se habían vuelto ingobernables cuando intentábamos arreglar o controlar lo que pertenece a otra persona. Esto no es indiferencia. Es la verdad. Podemos ser capaces de amar profundamente sin tener que asumir la responsabilidad sobre la recuperación de otra persona. Podemos mantener la compasión sin abandonar nuestro propio bienestar emocional, espiritual y físico.

Para muchos de nosotros, esta entrega se siente como una pérdida. El soltar puede generar un temor de que estamos fracasando, rindiéndonos o volviéndonos fríos. Sin embargo, esa entrega no es una ausencia de amor. Es amor puesto en el orden apropiado. Cuando dejamos de tratar de manejarlo todo nosotros mismos, hacemos el espacio para que Dios obre. También empezamos a tomar decisiones más sanas: hablar con sinceridad, poner límites, buscar apoyo y permitir que las consecuencias se queden donde pertenecen.

El Evangelio refuerza esta reorganización del amor (Mateo 10:37-42). Jesús enseña que seguirle requiere ponerlo a Él por encima de cualquier otro apego. Para quienes están en recuperación familiar, esto puede ser complicado, porque la crisis de nuestro ser amado puede haberse convertido en el centro de nuestra atención. Cristo nos invita a primero cimentar nuestra identidad y paz en Él. A partir de ahí, podemos amar a los demás con mayor libertad y claridad.

En la práctica, esta nueva vida se vive a través de acciones pequeñas y constantes. Hacemos una pausa antes de reaccionar. Antes de tomar decisiones basadas en el temor, nos comunicamos con un padrino, una madrina o una persona de confianza. Decimos la verdad sin intentar forzar un resultado. Le pedimos a Dios sabiduría para reconocer la diferencia entre ayudar y controlar. Estas prácticas pueden resultar extrañas, pero nos ayudan a pasar de la ansiedad a la confianza.

La imagen que se presenta al final del Evangelio también es importante. Jesús dice que incluso un vaso de agua fría dado a otra persona, no perderá su recompensa. En la recuperación familiar, el servicio suele volverse más sencillo y sano que la salvación que antes practicábamos. Podemos brindar bondad, oración, ánimo y presencia veraz sin apoderarnos de la vida de otra persona. Podemos apoyar sin controlar, amar sin conceder y preocuparnos sin perdernos a nosotros mismos.

Estas sencillas prácticas nos ayudan a mantener la estabilidad, la verdad y la disponibilidad espiritual, sin dejarnos consumir por las decisiones de otra persona.

La recuperación no consiste en desvincularse del amor. Consiste en liberarse de la ilusión de que el amor significa control. Mientras continuamos en este camino, se nos llama a dejar morir las viejas conductas y a recibir una nueva manera de vivir. En Cristo, podemos convertirnos en personas que aman con honestidad, con límites, con compasión y con confianza, un día a la vez.

PREGUNTAS PARA LA REFLEXIÓN

- ¿En qué momentos has reconocido que el amor y el esfuerzo por sí solos no pueden cambiar a otra persona?
- ¿Qué viejos patrones de ayuda, rescate o control estás llamado a entregar?
- ¿Cómo estás aprendiendo a amar con mayor honestidad, límites y confianza?

LECTURAS DOMINICALES

PRIMERA LECTURA 2 Reyes 4:8-11, 14-16a

SAL. RESP. Salmo 89:2-3, 16-17, 18-19

SEGUNDA LECTURA Romanos 6:3-4, 8-11

EVANGELIO Mateo 10:37-42